

Reseñas

JORGE I. DOMÍNGUEZ, *To Make a World Safe for Revolution: Cuba's Foreign Policy*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1989

Las últimas tres décadas han sido, sin lugar a dudas, las más significativas de la historia moderna de Cuba. Durante este periodo este país subdesarrollado ha sido capaz de realizar arriesgadas y profundas transformaciones internas sociales y políticas, al mismo tiempo que, como se ha insistido muchas veces, ha ejercido una política exterior de gran envergadura cuyo impacto internacional correspondería al de una potencia mundial y no al de una pequeña isla caribeña.

Posiblemente debido a la proximidad y a su enorme importancia, el análisis imparcial y comprensivo de los logros, tanto internos como externos de la Revolución cubana, ha sido una de las tareas más difíciles de realizar durante el mismo periodo en el que han ocurrido.

Con la aparición de éste, su libro más reciente, el autor del ya clásico *Cuba: Order and Revolution*¹ ha completado la tarea de descifrar estos dos logros. Aun cuando complementa y pone al día el volumen de 1978, en el que analizó las transformaciones internas que siguieron a la Revolución cubana, el nuevo libro —dedicado al análisis de la política exterior de este país— es una obra que puede ser leída independientemente de la primera. Con la publicación de ambos volúmenes, Jorge I. Domínguez ha puesto a disposición de especialistas e interesados, el estudio más cuidadoso, detallado e imparcial de la política interna y externa de la Cuba socialista. A juzgar por el estado actual de la literatura, estos dos volúmenes serán, por varios años, la obra clásica sobre el tema.

To Make the World Safe for Revolution es una obra que se propone describir y explicar los orígenes y el contexto en el que se ha desarrollado la política exterior cubana, a la vez que analiza y expone sistemáticamente los criterios de racionalidad que han determinado su rumbo y sus características sobresalientes.

Desde la ruptura con Estados Unidos hasta la implantación de la política de exportar la revolución a todo el orbe, pasando por la invasión de Bahía de Cochinos y por la discutida “crisis de los misiles” en 1962, este nuevo libro devela muchos de los misterios que han circundado a la política exterior cubana, desmiente muchos de los mitos acerca de ésta y sugiere novedosas formas

¹ Domínguez, J.I., *Cuba: Order and Revolution*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1978.

de explicarlos. Todo esto en un lenguaje ameno y accesible que no compromete su seriedad ni su rigor académico.

Una de las contribuciones importantes de este libro es la detallada descripción que hace de los años durante los cuales se formó y consolidó la Revolución cubana: el rol titubeante de Estados Unidos, que otorgó y retiró su apoyo sucesivamente al gobierno de Batista y a los rebeldes; la notable ausencia del bloque soviético durante la insurrección, y la identificación de las semillas de lo que se convertiría en el enfoque pragmático, de Castro; de las relaciones internacionales.

Domínguez se adentra en las entrañas de la discusión sobre las razones y las verdaderas causas de la ruptura radical de Castro con Estados Unidos en los meses siguientes al triunfo de la Revolución, y nos lleva a la conclusión de que Castro ocultó intencionalmente los verdaderos propósitos de la revolución que encabezaba, así como sus ya presentes convicciones marxistas-leninistas. La ruptura con Estados Unidos, lo mismo que la instauración de un sistema comunista en la isla —nos muestra—, eran objetivos previos de la Revolución cubana:

(En el periodo de la insurrección su. . .) postura pública se encontraba en franco contraste con sus sentimientos íntimos. (Castro. . .) era hostil a Estados Unidos desde tiempo atrás. En una carta que escribió desde las montañas a su compañera cercana, Celia Sánchez, el 5 de junio de 1958, dice: . . .yo he jurado que los americanos pagarán caro por lo que están haciendo. Cuando esta guerra termine, una guerra mucho más grande y larga empezará para mí: la que haré en contra de ellos. He entendido que ése será mi verdadero destino (p. 30).

En 1965 —nos dice Domínguez— Castro declaró: “Yo pienso que todos los revolucionario radicales. . . no anuncian los programas que podrían unir a todos sus enemigos en un solo frente. . .”. Aún más, “en estas circunstancias, si hubiéramos dicho que nuestro programa era marxista-leninista o comunista hubiera despertado muchos prejuicios” (p. 31).

Sin duda el programa político de los revolucionarios se radicalizó con la experiencia y el tiempo, éste es un hecho sobre el que Castro ha insistido y con el que Domínguez concuerda. Sin embargo —sostiene el autor— la Revolución triunfó debido a la habilidad de Castro para engañar a sus enemigos acerca de su radicalismo, e insiste: “Éstas eran, de hecho, sus ideas primarias. El engaño, que él creyó era a la vez correcto y útil, sería utilizado en el futuro como una estrategia y como táctica” (p. 32).

Al triunfo de la Revolución, la política exterior cubana adquirió una dimensión mundial por medio de la que los cubanos intentaron modificar el “desequilibrio” de poder en el continente americano. La estrategia castrista entabló una estrecha y compleja relación con la Unión Soviética; apoyó a los movimientos y gobiernos revolucionarios incluso fuera de la región; calculó su hostilidad contra gobiernos no revolucionarios y estableció relaciones de Estado a Estado mientras aprovechaba los conflictos entre Estados Unidos y

otros países. De esta forma —nos prueba Domínguez— nació la política exterior de Cuba.

La crisis más grave que esta joven política exterior tuvo que enfrentar fue la que provocó la llegada de misiles balísticos soviéticos a territorio cubano en 1962, y que tuvo al mundo al borde de una guerra nuclear. La solución de esta crisis, de la que Cuba fue penosamente excluida, originó lo que Domínguez denomina “el Régimen de Seguridad Limitada”. Desde entonces, un acuerdo reafirmado sistemáticamente, en el que Estados Unidos negocia directa y exclusivamente con la Unión Soviética: un acuerdo a través del cual se ha evitado, efectivamente, la guerra nuclear y en el que todas las partes, incluyendo a Cuba, han sido beneficiadas. Este notable régimen ha estado basado en un conjunto de reglas que operan cuando aparece una crisis: cada parte debe evitar o dejar de hacer lo que las otras encuentran más objetable; comunicación directa entre ministros de Estado de la Unión Soviética y Estados Unidos en el contexto de las acciones cubanas; por último, las negociaciones se han enfocado a la especificación y la observancia de las reglas de estos acuerdos y no a la ampliación de los conflictos.

Durante las últimas tres décadas, uno de los aspectos más debatidos de la política exterior de Cuba ha sido su manifiesta disposición a apoyar, de diversas formas, y en ocasiones a un costo muy alto, los movimientos revolucionarios en otros países. A pesar de la dificultad del tema y de la falta de información adecuada, Domínguez lo aborda con gran objetividad y sensibilidad.

A lo largo de estos treinta años, Cuba ha apoyado y tratado a algunos movimientos revolucionarios como si fueran estados: el gobierno provisional revolucionario de Vietnam del Sur, la Organización Popular del Sudoeste Africano, la Organización para la Liberación de Palestina, y la República Democrática Árabe de Saharawí. De la misma forma ha apoyado lo que denomina “movimientos anticolonialistas” en Argelia, Angola, Guinea-Bissau y Puerto Rico. Varios movimientos revolucionarios y de guerrillas han sido también objeto de apoyo por parte del gobierno cubano: en Zaire, entonces el Congo, y en Bolivia —en los que peleó Ernesto Guevara—, Venezuela, Guatemala, El Salvador y Nicaragua. El gobierno cubano también ha concedido su apoyo a movimientos de dudosa reputación como han sido algunas organizaciones dedicadas al tráfico internacional de drogas o a movimientos guerrilleros —como el M-19 en Colombia—, que utilizan a los traficantes de drogas para armarse.

Esta política de “exportar la revolución”, sostiene convincentemente Domínguez, ha obedecido a razones ideológicas, pero también estratégicas. La ideología explica el origen y la continuidad del apoyo a las revoluciones en otros países, y la estrategia da cuenta de los criterios de selección de los movimientos que serán apoyados. De esta forma, Cuba promueve sus valores e intereses, así como los de sus aliados, al mismo tiempo que castiga a sus enemigos.

A lo largo de este volumen, interesante e ilustrativo, Domínguez desmiente algunas de las tesis ampliamente difundidas en torno a la política exterior de Cuba durante los últimos treinta años. Por una parte, demuestra que

aun dentro del marco de la hegemonía soviética a la cual deben su supervivencia, muchas veces los cubanos han sido capaces de ejercer una política exterior propia y hasta cierto punto independiente de la Unión Soviética, e insiste en que la imagen de Cuba como una simple marioneta de los rusos debe ser sustituida por una mucho más compleja y comprensiva. Por otra parte, descarta la tesis de que el único actor de la política exterior cubana dentro de la isla sea Fidel Castro. A pesar de su enorme importancia, Castro ha permitido y, en cierta forma, promovido la creación de un complejo aparato oficial dedicado a la formulación e implantación de la política exterior en el que participan altos oficiales del gobierno y del partido, las secretarías de relaciones exteriores y de comercio exterior, comisiones internacionales técnicas y económicas, organizaciones culturales y deportivas, y, por supuesto, las fuerzas armadas. Finalmente, Domínguez argumenta que, a pesar de sus indiscutibles errores y reveses, la política exterior de Cuba ha seguido también algunos principios pragmáticos, y no puramente ideológicos, que le han permitido beneficiarse de los mercados internacionales y de su comercio con países del bloque capitalista, también le han obligado a detener su agresiva política de exportar la revolución y a romper el aislamiento internacional en el que se encerró por largos periodos y, por último, le han llevado a mantener y valorar su relación con países con gobiernos ideológicamente opuestos, como lo fue el de la España franquista en la década de los sesenta.

En este impresionante libro, basado en una extensa y completa investigación, Jorge Domínguez llega a la conclusión de que los principios rectores de la política exterior cubana son, para bien o para mal, la perpetuación y la diseminación internacional de las semillas de la Revolución cubana. Objetivos que persiguen a través de una compleja variedad de estrategias, con la convicción mesiánica de que ésa es su misión histórica.

JAVIER ELGUEA

ROBERTO ORTEGA LOMELÍN, *El nuevo federalismo: la descentralización*, México, Editorial Porrúa, 1988, 562 pp.

El tema del federalismo y la descentralización se relaciona con preocupaciones latentes por un problema aún no resuelto del sistema político en nuestro país: la excesiva concentración del poder político.

La serie de estudios de miembros del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM que publica la Editorial Porrúa ha contribuido, de manera muy importante, a la producción científica en materias relacionadas con el derecho constitucional, administrativo y tributario. La serie trata temas jurídicos de gran trascendencia para nuestra vida política, como el amparo o el municipio, e incluye investigaciones más amplias sobre la administración pública analizada desde la perspectiva jurídica. El libro que reseño es parte de esa producción intelectual del más alto nivel.